

DISCURSO

SOBRE LA ALTA POLITICA DE LOS GOBIERNOS.

... Tan poco temeroso de la muerte como indiferente para mandarla dar a los demás, tenía una política profunda que preponderaba en el a los derechos de la naturaleza y de la humanidad.

MONTESQUIEU. *Grandeza y Decadencia de los Romanos.*

Se oye con tanta frecuencia a los gobiernos, especialmente a los de época reciente, hablar de *alta* y profunda política en la serie de operaciones que caracterizan sus ideas, y sirven de norma a los principios reguladores de su conducta pública, que nadie se puede dispensar de examinarlas, y ponerse en estado de saber con exactitud y precisión cual es el valor que debe darse a estas palabras indefinidas, y el sentido justo y preciso que les corresponde. No hay acto del gobierno por sencillo que se suponga, que no se refiera a esta *alta política*, ni atentado o trasgresión de las leyes, por enorme y escandaloso que sea, que no pretenda disculparse con ella. Si se ataca

la seguridad individual, si se falta a la fe pública de las estipulaciones y tratados, si se proscriben clases enteras de ciudadanos, en una palabra, si se abandonan las obligaciones y empeños que imponen los mas sagrados deberes, se sale o pretende salir del paso con decir que este procedimiento es efecto de una alta y sublime política, cuyo conocimiento no está al alcance del comun de los hombres, y se halla reservado a los profundos e inescrutables misterios del gabinete.

Como desde que se ha hecho comun en el mundo el sistema representativo, los hombres han pasado de la clase de esclavos a la de ciudadanos libres, y han procurado enterarse bien y a fondo de los verdaderos principios que reglan la conducta de los gobiernos, sin pararse en palabras pomposas y desconocidas, pero huecas y vacias de sentido, nada se ha omitido para llegar al conocimiento real y verdadero de las cosas, y destruir el influjo siempre pernicioso de aquellas voces que no designan un objeto determinado, y a cuya sombra se han cometido excesos y atentados de todo genero. Así pues no es ya el camino para gobernar el que siguieron los reyes de la edad media, a saber, ocultar las operaciones del gobierno y cubrir sus iniquidades con velos sagrados a la multitud. Los hombres saben en el día demasiado para dejarse seducir por apariencias halagüenas, y sin pararse en la superficie penetran hasta el fondo de las cosas procurando hallar en ellas lo que inutilmente pretende ocultarseles. La *razon de Estado*, la *alta política* y otros nombres de esta clase, son en el día para cualquier hombre civilizado, antes bien un objeto de desprecio que de veneracion; y en aquellos puntos en que ha llegado a consolidarse el sistema representativo, se han puesto las libertades públicas a cubierto de los atentados del poder, y se ha enfrenado la arbitrariedad, ni aun por descuido llegan a tomarse en boca estos pretextos desacreditados y destituidos de fuerza, de valor y de poder.

Sin embargo, como no es lo mismo designar el sistema bajo el cual debe ser regida una nacion que ponerla en estado de ser gobernada por el; como los habitos de un pueblo suelen ser contrarios al sistema que adoptó, y como en este caso se hallan todos los que han pasado subitamente del absolutismo a la libertad, suele resultar un choque entre las instituciones y las costumbres, en el cual aunque aquellas venzan a la larga, estas prevalecen de pronto, y hacen que, bajo un aparato engañoso de libertad, se ejerza un verdadero y riguroso despotismo. Como la letra de las leyes adoptadas dice una oposicion abierta con este, se apela a *circunstancias extraordinarias*, y sobre todo a la *alta politica*, para ejercer los actos de arbitrariedad que se pretende, y no pudieran salir al publico sino bajo tan falaz como pomposo ropaje.

Para desalojar pues al despotismo de este ultimo atrinchamiento, es necesario dar una nocion exacta y precisa de la politica de los gobiernos, o de la conducta que siguen en la administracion publica, conforme a las inclinaciones de los que presiden en ellos. Para esto, es necesario dividirlos en tres clases y considerarlos separadamente. La primera es de aquellos que entran a ocupar los puestos supremos con positiva repugnancia, y sin otra mira ni objeto que cumplir con las obligaciones que la ley y la sociedad les imponen. En esta clase, que es rarísima, se hallan los hombres verdaderamente virtuosos como un Washington. La segunda es la de los que desean el mando y engrandecimiento, y para esto procuran formarse un partido, pero siempre dentro de los limites legales, y aprovechando las disposiciones con que los dotó la naturaleza para influir en sus semejantes: esta es compuesta de los hombres de un merito extraordinario, y de ella nos dan ejemplo los presidentes de los Estados-Unidos del Norte que sucedieron al primero. La tercera es la de los que desearios del mando, pero sin merito para desempeñarlo, procuran ejercerlo por todo genero de vio-

lencias, hollan las leyes y atropellan los ciudadanos: a ella pertenece la turba de ambiciosos, muchos de los cuales, sin mérito ni disposiciones, aspiran a mandar a los demas, y de ella son ejemplo los muchísimos terroristas de la revolución francesa, y algunos de los que han gobernado en las nuevas naciones de América, que, después de haber hecho servicios a su patria, pretendieron gobernarla y engrandecerse a costa de ella misma. Consideraremos pues la política de cada una de estas clases de gobernantes, y haremos ver sus principios, efectos y resultados. Ellos mas que ninguna otra cosa podran darnos una idea de la política que deben seguir los gobiernos, y de los límites dentro de los cuales debe contenerse para que sea justa, eficaz y equitativa.

Nunca es mas bien gobernada una nacion que cuando los que llevan las riendas del gobierno, y se hallan al frente de la administracion pública, estan exentos del espíritu de engrandecimiento personal. Cuando los que ocupan los puestos supremos no ven en ellos sino una carga gravosa al que los desempeña, aunque necesaria para el servicio y utilidad pública; los hombres son rejidos en paz y en justicia, y pueden tener una seguridad absoluta de que en nada se piensa menos que en oprimirlos y molestarlos. No hay duda, mucho tiene adelantado para gobernar bien aquel para quien son de ninguna fuerza los atractivos del mando y los alicientes del poder. La honradez, dice el inmortal Washington, es la mejor política de un gobierno, y esta no tiene obstáculo ninguno para desarrollarse cuando los depositarios de la autoridad no se acuerdan de sí mismos, ni se tienen presentes en las operaciones cuyo unico objeto debe ser la marcha de los negocios públicos.

Es imposible que quien solo ve las leyes y la utilidad nacional, sin mezclar ni confundir con aquellas y esta los intereses de su persona, deje de decidir con acierto las dudas y cuestiones que puedan suscitarse sobre puntos y

materias gubernativas. En efecto, la imparcialidad es lo primero que debe exigirse de un funcionario publico, ella es bastante a suplir todas las otras calidades, y sin ella poco se puede esperar de las demas. Los actos publicos generalmente se vician, porque tiene parte en ellos el interes individual de aquellos de quienes emanan, y cuando se consigue segregar este, que es rarissima vez, ellos aparecen con aquella rectitud natural, hija de la buena fe y de los principios de justicia, tan naturales al corazon humano, cuando callan los intereses privados y se hace escuchar la voz de la razon.

La politica queda desembarazada de todas las dificultades que la cercan por todas partes, desde el momento en que los que gobiernan se atienen al texto preciso de las leyes, se limitan a ejecutar lo que en ellas se previene, y a hacerlas observar a los demas. Una conducta franca y abierta, sin dolo ni doblez, una dedicacion continua al despacho de los negocios, un estudio constante de las obligaciones y deberes que las leyes imponen a los depositarios de la autoridad suprema, y una moderacion constante de pasiones, especialmente de aquellas que la experiencia ha acreditado ser el origen de los estravios que vician la conducta de los que gobiernan, son el caracter distintivo de la mas verdadera, mas sana y mas segura politica. La ciencia de gobernar queda reducida a principios muy faciles y a preceptos muy sencillos cuando la imparcialidad, el desinteres y la firmeza de caracter presiden a las operaciones y reglan la conducta de los depositarios del poder. En efecto, los principales desaciertos de la administracion publica depende de la falta de estas calidades. Examinese con detencion y madurez la conducta de los gobiernos, procurese investigar con la atencion mas detenida el origen de sus estravios, y se encontrará siempre en la esperanza del propio engrandecimiento, o en el temor de perder la popularidad y aprecio publico.

Así pues el que no pretende lo primero ni se cuida de lo segundo, o, lo que es lo mismo, el que es firme e imparcial, tiene las calidades y elementos necesarios para ser un perfecto político. Podrá errar y errará de facto algunas veces; pero como sus estravios no encuentran un obstáculo insuperable en el interés individual, serán muy pocos, de trascendencia muy limitada, y podrán ser corregidos con el tiempo, la reflexión, y los consejos o advertencias de personas instruidas y sensatas que nunca faltan a quien de veras las busca, y escucha su dictamen sin deferencia servil, pero ajeno de toda prevención en contrario.

Quien así procede no puede menos de acertar en el ejercicio de sus funciones, y levantarse con el aplauso y aprobación universal; si no de pronto, porque las pasiones de los hombres son injustas, a lo menos no muy tarde, pues luego que ellas callan se hace escuchar la voz de la razón y la justicia, y se coloca a cada cual en el lugar que le corresponde. Convenimos en que el desinterés para olvidarse de sí mismo, y la firmeza para arrostrar con las ideas y pasiones populares, exigen una alma de un temple extraordinario, que no es común si no muy rara en los que gobiernan. Tampoco podemos negar que las naciones pueden ser si no con absoluta perfección, a lo menos bien gobernadas por personas que carezcan de tan recomendables calidades. Todo esto es cierto; pero no lo es menos que la política más perfecta y el gobierno más justo, sencillo y acomodado a los intereses nacionales, es aquel que se halla cimentado en estos principios y reglas de conducta.

Nadie puede dudar por cierto, de la dificultad suma que hay para encontrar hombres de un temple y carácter semejante, y el mundo no produce un Washington sino en el espacio de muchos siglos. Este hombre admirable, modelo acaso único de la política que acabamos de describir, poseyó en grado eminente las prendas que la constituyen. Nadie le ha disputado la reputación bien sentada que tie-

ne en todo el mundo civilizado de un sabio estadista, de un politico profundo; sin embargo, el mismo nos asegura, y lo comprueban hasta la ultima evidencia los documentos *que nos ministra la historia de su nacion, que toda su politica consistió en un sumo desprendimiento, y en una firmeza extraordinaria de caracter.*

Desde que se puso al frente de los ejercitos hasta que se retiró de la vida publica, jamas se tuvo presente a sí mismo, ni capituló nunca con la injusticia intimidado por las voces y pasiones populares. Todo el empeño que tuvo en formar y disciplinar el ejercito que efectuó la independencia de su patria, dejó de existir cuando esta se consiguió. Entonces lo licenció e hizo demision del mando, retirandose a la vida privada sin que nadie se lo exigiese. Llamado de nuevo a la Convencion que centralizó el gobierno, y al desempeño del supremo poder ejecutivo, dió las mismas pruebas de moderacion y desinterés, pero mas que todo de la firmeza e inflexibilidad de su caracter. Contra el torrente de las preocupaciones dominantes por aquella epoca en aquel pais, sostuvo y consiguió la adopcion de la nueva constitucion. Celebró igualmente y sostuvo, no solo contra los odios populares, sino aun contra la misma Camara de representantes, el tratado con Inglaterra, e hizo efectivas las garantias acordadas por esta transaccion a los Ingleses, que estaban tan odiados en aquel pais como en el nuestro los Españoles. Su firmeza fué tal en este punto de justicia, que antes quiso perder la alianza de la Francia, que tantos servicios habia hecho a su patria en la guerra de la independencia, y empeñarse en guerra con ella, que faltar a lo prometido a la Gran-Bretaña y sus subditos.

Así fué como consiguió este hombre verdaderamente grande la fama de un profundo politico, el aprecio general de todo el mundo civilizado, la prosperidad de su patria, y una gloria eterna e inmortal. Si alguna vez ha tenido efecto el principio puesto en voga por madama de

Stael, de que las circunstancias muchas veces destruyen o consolidan los sistemas de gobierno, y que un hombre suele ser una circunstancia, es en el caso de Washington. En efecto, los Estados-Unidos del Norte, acaso no hubieran llegado al estado en que se hallan, si este hombre singular y su política no hubiesen sido para ellos la circunstancia mas favorable que puede presentarse a un pueblo nuevo, para la consolidacion de sus instrucciones.

Nosotros no pedimos en los que gobiernan, ni seria posible ni racional exigir de ellos política tan perfecta como la de este grande hombre. Nos conformamos con que los depositarios del poder, o los que a el aspiran, no se olviden de sí mismos y procuren satisfacer su ambicion, pues no es precisamente esta pasión lo que causa las desgracias de los pueblos, sino la mala direccion que se la da.

Cuando los que aspiran al mando y al poder respetan las leyes y los derechos individuales, y procuran ascender al puesto supremo o mantenerse en el, no por violencias y estorsiones, sino por la benevolencia y aprecio de sus conciudadanos, nada hay ciertamente que reprenderles. Si las leyes se acatan y respetan, y si los ciudadanos pacíficos no tienen motivo para quejarse de la autoridad, aunque esta no les preste una protección positiva, nadie pretende hacer cambios peligrosos y violentos en el gobierno, ni se cuida de perturbar la posesion en que se hallan los depositarios de la autoridad. Mucho menos se ocupan de inquirir si es el bien público o la satisfacción privada de mandar a los demas, la que regla sus operaciones. Así pues, sin un desprendimiento absoluto, y aun con positivos deseos del mando, puede tenerse una política tal que concilie todos los intereses, reúna todas las voluntades sin exasperarlas y haga compatibles las miras de la ambicion con la felicidad pública. Es verdad que una conducta semejante ofrece otro genero de dificultades que para superarlas se necesita de grandes talentos y

disposiciones sobresalientes; pero esto lo que quiere decir es, que semejantes puestos no deben ser ocupados por el comun de los hombres.

La conducta de los que quieran ascender a ellos y pretendan desempeñarlos con buen exito, ha de ser hija del influjo y convencimiento mas bien que de la autoridad y de la fuerza. Ahora bien; para influir en los demas se necesita un profundo conocimiento del corazon humano, una constancia invariable en los proyectos que se procuran realizar, una suma destreza en identificar los intereses comunes con los propios, y sobre todo gran precaucion para evitar lo que pueda ofender a las ideas de los que por sus circunstancias influyen en porciones considerables de la masa. La atencion del que procura elevarse o mantenerse en el puesto, debe estar fija sobre todas estas cosas, pues en perdiendo algunas de ellas de vista se frustraran infaliblemente los proyectos mas bien concertados.

¿Y quien podrá dudar que semejante politica exige calculos muy complicados, datos muy seguros, discernimiento fino y delicado, cierto tino mental para conocer a los hombres, sus pasiones e intereses, y sobre todo un sumo cuidado para no poner en conflicto las instituciones publicas con las miras del que la ejerce? Aunque los hombres estan casi siempre dispuestos a ser mandados, muy raras veces se conforman con parecerlo; aquello lisonjea su apatia natural, pero esto ofende su orgullo. Así pues se les debe hacer obrar casi sin que lo sientan, y aun en la conviccion de que sus acciones no reconocen por principio el impulso ajeno, sino que todas son hijas de la determinacion propia. ¿Y será posible que todos o la mayor parte de los hombres esten dotados de las prendas que acabamos de esponer? No ciertamente; pero la presuncion y el orgullo son mas comunes de lo que se cree, y se albergan con mas frecuencia entre los de potencias mas limitadas y de mas escasos conociemien-

tos. A nadie puede ocultarse que la ignorancia siempre es presuntuosa y todo lo facilita. Los que siquiera llegan a dudar de su aptitud para el desempeño de los negocios, tienen mucho adelantado para gobernar bien. Mas los que desde luego se adieren tenazmente a su politica, y lejos de buscar quien los desengañe no solicitan sino quien lisonjee sus pasiones y apruebe a ciegas su conducta, o en otros terminos, quien los adule con bajeza y abatimiento: lo decimos resueltamente, no podran hacer otra cosa que precipitar al pueblo confiado a su direccion en un abismo de males y causar la ruina de su patria. Estos hombres constituyen la tercera clase de politicos de que hablamos al principio; jamas han llevado las riendas del gobierno sin que hayan causado grandisimos trastornos y algunas veces la disolucion de todo el orden social. Como carecen de las disposiciones necesarias para influir en los demas y formarse por los medios comunes y legales un partido que asegure su existencia politica, y como por otra parte estan y se hallan dominados de la ambicion mas voraz, salen de las sendas trilladas, salvan las barreras legales, y se engolfan en los senos tortuosos e impracticables de la arbitrariedad. Entran a ciegas en ellos, sin luz que los guie ni antorcha que los preceda, e ignorantes de los abismos que los rodean, de la facilidad de caer y de la imposibilidad de salir de ellos, se entregan a sí mismos y a la nacion a que presiden en los brazos de la casualidad, y a esto llaman su politica. Mas semejante conducta por mas que se le quiera bautizar con otro nombre, no es otra cosa que un resultado infeliz de la inesperienza, imprevision, sed insaciable de mando, orgullo sin fundamento, y vanidad pueril confundidamente mezcladas en el corazon de un ambicioso.

Esta politica no puede acreditar de ninguna manera a los que la profesan, ni hacerlos capaces de dirigir ningun orden de cosas. Poca habilidad se necesita por cierto para traspasar las leyes, abusar de la fuerza, escitar alborotos

y conmociones populares. No hay facineroso que en pequeño no pueda cometer estos o semejantes desordenes, y nadie lo tendrá, precisamente en atencion a esto, por un profundo politico. ¿Como pues se le ha ocurrido a ningun gobierno el adquirir celebridad valiendose de aquellos medios que hacen detestable la memoria de los delincuentes comunes? Seria increíble semejante pretension si la historia no estuviese llena de documentos que acreditan la existencia de estos delirios del entendimiento humano.

Este error es sin embargo comunisimo en los gobiernos nuevos, especialmente si se hallan al frente de ellos los que han hecho servicios señalados que les han conciliado el afecto publico, y los aplausos que arranca la gratitud. El empeño de ponerse al nivel de los gabinetes mas acreditados en maniobras politicas, y la seguridad del afecto nacional, inflamadas por la ambicion, conducen naturalmente a estos estravios. No hay cosa mas ridicula a las naciones nuevas que pretender rivalizar con los gabinetes antiguos en esta materia. Aquellas sin estadistas, sin esperiencia, sin conocimiento practico de los negocios, ni de los intereses publicos y privados, presentan al mundo el risible espectaculo del cuervo que pretendió levantar por los aires un carnero, sin otro fundamento que haber visto al aguila hacer una cosa semejante.

El celebre Washington, que podia concebir esperanzas mas fundadas de su nacion, y tenia mas derecho para prometerse el acierto de sus disposiciones naturales, siempre estuvo firme en su principio de que *el camino llano y conocido de la honradez y de las leyes es preferible a los calculos mas abstrusos de la politica*. En efecto, sin ir muy lejos de nosotros hallaremos comprobantes decisivos de esta verdad. Los generales Iturbide y San Martin que podian haber contentado su ambicion por caminos mas seguros que los que siguieron, conservando el aprecio publico, y sacando partido de la gratitud nacional, lejos de ganarse,

pretendieron destruir lo que se oponia o suponian hacia resistencia a sus miras. El segundo se confió a la direccion del celebre Monteagudo, que para ser un hombre publico cabal no le faltó mas que la probidad, y el primero se puso en manos de personas que no queremos nombrar.

El principio de los estadistas que guiaron a estos libertadores de Mejico y el Peru, fué destruir la oposicion por todo genero de tropelias y violencias, y el resultado fué ser victimas de ella, a esto siguió la ruina de los gobiernos a cuya frente se hallaban, y la revolucion que acabó con ellos. Ni los servicios de San Martin y Monteagudo hechos a la causa de la independendia, ni los talentos extraordinarios de ambos, fueron bastantes a salvar al primero de una espulsion efectiva aunque paliada, ni a poner la vida del segundo a cubierto de los innumerables puñales que estaban levantados sobre su cabeza. El libertador San Martin y su ministro Monteagudo escribieron en el estandarte de su politica, y tomaron por divisa propia la persecucion de Españoles, y esta los condujo de grado en grado a la de toda clase de personas, que ostigadas y cansadas de sufrir hicieron un esfuerzo y volcaron el gobierno.

Al general Iturbide sucedió casi otro tanto: creyendose bastante fuerte, en nada menos pensó que en atraerse a los que le eran contrarios. Por un golpe de politica supuso una conspiracion que no existia, y redujo a prision y arresto a muchos inocentes; por segundo golpe tambien de politica disolvió la representacion nacional; por tercero se apoderó de la Conducta de platas, y cometió otros escesos que no merecen la pena de referirse, hasta que cansados los pueblos de tantos golpes de politica, y abandonado el mismo cobardemente aun por los que le habian hecho obrar el mal, cayó envuelto en las ruinas de su trono, y vino, por ultimo golpe de politica, a parar en manos de los *violentos Tamaulipas* que lo sacrificaron sin piedad.

Estos son hasta hoy y seran en lo sucesivo los funestos

resultados de la politica por la cual son violadas las leyes y perseguidas las personas, y esta la suerte que espera a todos los gobiernos que abandonando los caminos trillados y conocidos, se aplican a descubrir nuevos senderos. Tal modo de conducirse es peligroso en todas materias, pero infinitamente mas, en politica. Los ejemplos que acabamos de referir deben servir de escarmiento a los nuevos gobiernos; pudieran citarse otros muchos, pues la historia de todos los pueblos los ministra con abundancia; pero nos hemos limitado a los espuestos, porque por publicos, recientes, proximos y notorios nadie puede desconocerlos ni buscar para tales resultados otras esplicaciones de los sucesos que las que se acaban de dar.
